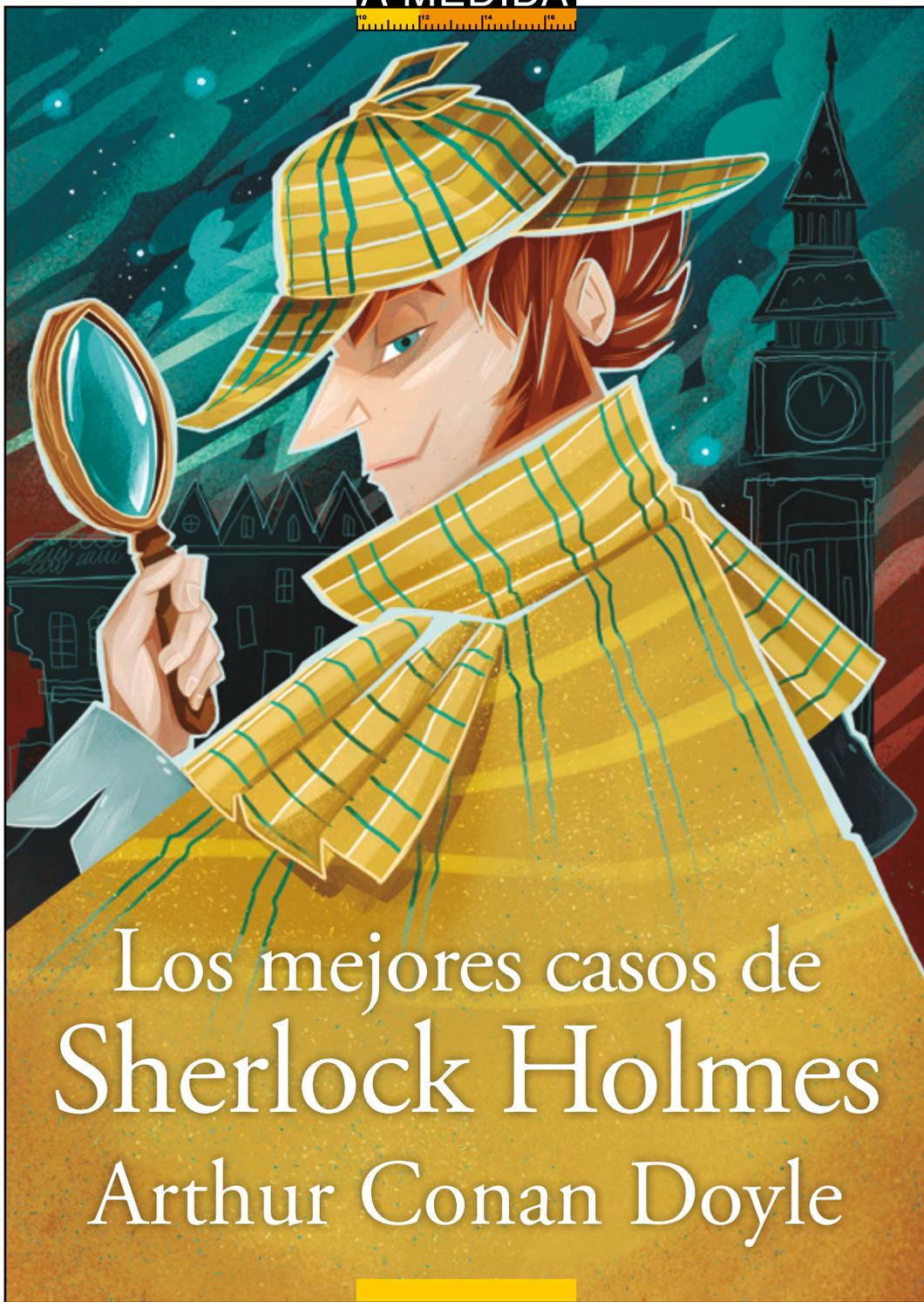


CLÁSICOS
A MEDIDA



Los mejores casos de
Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Los mejores
casos de
Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Davide Ortu

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de
Los mejores casos de Sherlock Holmes,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Lourdes Íñiguez, 2021

© De la ilustración: Davide Ortu, 2021

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2021



ISBN: 978-84-698-8559-8

Depósito legal: M-31727-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	7
El perro de los Baskerville	19
Una leyenda maldita	21
La mansión y el páramo	37
El sabueso infernal	57
Atrapado en la red.	73
Atando los últimos cabos	85
Un escándalo en Bohemia	89
La liga de los pelirrojos	107
El problema final	121
La aventura de la casa vacía	135
Su último saludo	149
Apéndice	163

Los mejores casos de Sherlock Holmes



A decorative graphic consisting of a golden scroll on the left and a grey wavy line on the right, both curving upwards. The scroll is partially unrolled, showing a textured surface. The grey line is composed of several overlapping, wavy segments.

EL PERRO DE LOS BASKERVILLE

Una leyenda maldita



Sherlock Holmes, que generalmente se levantaba muy tarde, salvo en aquellas ocasiones en que no se acostaba en toda la noche, estaba desayunando. Yo me hallaba de pie junto a la chimenea. Apenas habíamos tenido tiempo de hablar, cuando unos golpes sonaron en la puerta.

—¿El señor Holmes, especialista en delitos? —preguntó el visitante, un hombre todavía joven, alto y delgado, algo descuidado en su indumentaria.

—Yo soy —contestó Holmes—, y este es mi amigo, el doctor Watson.

—Me llamo James Mortimer y también soy médico. Encantado de conocerlo, señor. He oído mencionar su nombre y también el de su amigo. Verá, he venido a verle porque me enfrento a un grave y a la vez extraño problema. Y sabiendo que es usted uno de los más expertos detectives de Europa...

—¿De veras? Bueno, bueno, solo un poco —tosió Holmes—. Y ahora, señor Mortimer, si es usted tan amable de decirme cuál es el problema para el que solicita mi ayuda.

—Traigo un manuscrito antiguo en mi bolsillo —dijo Mortimer.

—Del siglo XVIII —interrumpió Holmes—. Por los centímetros que le asoman de su bolsillo lo he podido fechar.

—En efecto, es de 1742. Este documento me fue entregado por *sir* Charles Baskerville, cuya repentina y trágica muerte ha conmocionado a todo el condado de Devon. Puedo decir que además de su médico, yo era su amigo. Él se tomaba este escrito muy en serio y de alguna forma estaba preparado para lo que le sucedió. —Hizo una pausa—. Se trata del relato de una leyenda relacionada con la familia Baskerville.

—Pero supongo que es de algo más moderno de lo que usted ha venido a hablarme.

—Sí, por supuesto; pero el manuscrito está íntimamente relacionado con el caso. Con su permiso se lo voy a leer; es breve.

Holmes se recostó en su sillón y juntó las puntas de los dedos de sus manos, cerrando los ojos con gesto de resignación. El doctor se acercó a la luz y comenzó:

«Sobre el origen del sabueso¹ de los Baskerville se han dado muchas explicaciones, pero como yo descendo en línea directa de Hugo Baskerville y supe la historia por mi padre y este por mi abuelo, os la hago saber, hijos míos, para que aprendáis la enseñanza que contiene e intentéis ser moderados en vuestras pasiones, no dejándoos arrastrar por ellas, a fin de que no os conduzcan a la perdición, como le ha pasado a los miembros de nuestra familia.

¹ *Sabueso*: perro de caza, generalmente grande, que puede ser de diversas razas.

»Sabed que hacia 1640, el señor y dueño de esta propiedad era Hugo Baskerville, el hombre más salvaje, desvergonzado y ateo que podáis imaginar. Quiso encapricharse de una joven modesta, hija de una honorable familia vecina y, ayudado por unos cuantos amigos, tan ociosos y malvados como él, la raptaron y llevaron a su mansión, encerrándola en una de las habitaciones superiores. Desde allí oía los escándalos y desenfrenadas fiestas que Hugo organizaba cada noche y estaba aterrorizada. No pudiendo soportarlo más, tomó una arriesgada decisión: abrió la ventana y, a pesar de la altura a la que se encontraba, descendió por la hiedra que cubría la pared hasta el suelo. Tuvo suerte y no se mató; y corrió y corrió hacia su casa a través del páramo. Entretanto, el amo subió a la habitación a llevarle comida y descubrió que había huido. Lleno de cólera, mandó ensillar su caballo y soltar a los perros de caza para que le dieran alcance. Sus compinches le acompañaron en la persecución, pero Hugo iba como el rayo y pronto los dejó atrás. Al llegar los amigos a una loma, vieron con asombro que el caballo negro de Hugo volvía sin jinete, echando espuma por la boca. La borrachera se les disipó al instante. Bajaron hasta el vallizuelo y encontraron una escena espeluznante. La muchacha yacía muerta de terror y fatiga en el suelo, bajo la luz de la luna, y un poco más allá el cuerpo de Hugo era despedazado y devorado por un gigantesco perro negro, que le arrancó la cabeza de una dentellada. Aquella era una criatura demoniaca, a la que le brillaban los ojos como dos ascuas y echaba fuego por la boca. Se dice que ninguno de los amigos sobrevivió a aquella terrible experiencia. Uno de ellos murió aquella misma noche, y los otros, a los pocos días.

»Esta es la historia, hijos míos, de la aparición del sabueso infernal, que desde entonces deambula por el páramo y ha aterrorizado

a nuestra familia, muchos de cuyos miembros han muerto de manera misteriosa y sangrienta. Por lo tanto, os aconsejo encarecidamente que no crucéis el páramo de noche, que es cuando se desatan las fuerzas del mal».

—¿Y bien? ¿No les ha aparecido interesante? —preguntó Mortimer al acabar de leer.

—Sí, mucho —opinó Holmes—, para completar una colección de cuentos de terror.

—Ahora, señor Holmes —dijo, sacando de su bolsillo un periódico—, voy a leerle una noticia más reciente, publicada en el Devon County Chronicle el 14 de mayo de 1884, este mismo año. Es sobre la muerte de *sir* Charles, ocurrida unos días antes:

«El fallecimiento repentino de *sir* Charles Baskerville, cuyo nombre había sido propuesto como candidato para el Partido Liberal en este distrito en las próximas elecciones, ha sumido en profunda tristeza a este condado, puesto que era muy querido y respetado, y un gran benefactor de todo el vecindario. La investigación efectuada no ha aclarado por completo las circunstancias en las que se produjo su muerte, pero tampoco hay evidencias de que esta no se haya debido a causas naturales. Su mayordomo, el señor Barrymore, ha manifestado que la salud del señor empeoraba día tras día y el doctor Mortimer, su médico personal, ha corroborado que efectivamente *sir* Charles padecía de una afección cardíaca crónica».

El doctor Mortimer dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

—Estos son los hechos que han salido a la luz pública —comentó.

—Entonces —dijo Holmes—, infórmeme ahora de lo que no publican los periódicos.



—Le contaré algo que no he revelado a nadie, pues yo soy un hombre de ciencia y no debo dar crédito a una superstición popular. *Sir* Charles tenía la costumbre de salir a pasear todas las noches por el paseo de los Tejos que se encuentra detrás de la mansión, pero aquel día no regresó. A las doce de la noche, alarmado el mayordomo salió en su busca y lo encontró tendido en el suelo, pasado un portillo que hay para salir al páramo, donde al parecer se detuvo unos minutos. Un gitano vendedor de caballos se encontraba cerca del lugar y explicó que oyó gritos, pero no pudo aclarar de dónde procedían. Cuando me avisaron y llegué junto al cadáver, me llamó la atención que yacía boca abajo, con los brazos extendidos y los dedos clavados en la tierra, su cara estaba desfigurada por una mueca, sin duda, producida por una enorme impresión. No sufría ninguna lesión corporal, ni aparecía ningún rastro alrededor del cuerpo; pero yo sí vi unas huellas al borde del camino sobre el barro. ¡Eran las huellas de un perro gigantesco! Y no eran producto de mi imaginación, sino absolutamente reales. No dije nada al respecto porque no quería que la mansión quedara deshabitada y si propagaba el terror de la leyenda, el joven *sir* Henry, el heredero, quizá no quisiera venir a vivir en ella.

—¿Cómo es que nadie más vio las huellas? —preguntó Holmes.

—Porque estaban a unos veinte metros del cadáver y nadie se percató de ellas.

—¡Qué curioso que no estuvieran junto al cuerpo! Dice usted que *sir* Charles se paró junto a la puertecilla que da al páramo. ¿Cómo lo sabe?

—Porque se le cayó dos veces la ceniza del cigarro.

—¡Excelente! Watson, acabamos de encontrar un colega. Pero parece usted vacilar, amigo mío. ¿Por qué?

—Porque pienso que por encima del nivel de la realidad, hay una esfera en la que ni el más agudo y experimentado de los detectives puede penetrar.

—¿Quiere usted decir que se trata de algo sobrenatural?

—Yo no sé qué creer. Hice mis investigaciones. El páramo es una zona muy escasamente habitada y los que viven en él se visitan con frecuencia, con la excepción del viejo Frankland, que siempre está pleiteando contra unos u otros. El naturalista Stapleton, coleccionista de mariposas, y *sir* Charles son las únicas personas educadas en los alrededores; los demás son gente sencilla, unos cuantos campesinos y un herrero. A todos les pregunté y todos coincidieron en contar que varias veces habían visto y oído aullar a una bestia espantosa, enorme, luminosa e infernal.

—Ya veo que se ha pasado usted al esoterismo. Pero, dígame, si es eso lo que piensa, ¿por qué ha venido a consultarme a mí y de qué manera le puedo yo ayudar?

—Aconsejándome qué debo hacer con *sir* Henry Baskerville, que llega de Estados Unidos a Londres dentro de —Mortimer miró su reloj— hora y cuarto exactamente. Él es el heredero, el único descendiente que hemos podido encontrar. De los tres hermanos, de los cuales *sir* Charles era el mayor y soltero, su hermano Rodger, el más joven, era la oveja negra de la familia, cometió un delito en Inglaterra y huyó a América del Sur, donde murió de fiebre amarilla, sin dejar ningún hijo. *Sir* Henry es hijo del segundo, que se fue a Norteamérica y se dedicó a la agricultura; murió joven. Así que *sir* Henry es el último de los Baskerville y no quisiera que sufriera la misma suerte que su tío. Por consiguiente, ¿qué me aconseja que haga con él?

—Pues que tome usted un coche y vaya a recogerlo a la estación. Y no le diga nada hasta que yo haya tomado una decisión sobre el asunto.

Quedamos citados para el día siguiente a la misma hora, para intercambiar impresiones acerca del interesantísimo caso que se nos había planteado y con el que Sherlock Holmes parecía entusiasmado.

Al otro día, dando el reloj las diez de la mañana, entró el doctor Mortimer, seguido por el joven *baronet*². Era un hombre de unos treinta años, pequeño, dinámico, robusto, con ojos negros y facciones enérgicas. Vestía un traje de lana escocesa rojiza y su aspecto sereno reflejaba su esmerada educación.

—Este es *sir* Henry —lo presentó el doctor Mortimer.

—Encantado, señor Holmes —dijo—. Le sonará extraño, pero si mi amigo no me hubiera propuesto venir con él, lo habría hecho yo por mi cuenta. Sé que es usted experto en resolver enigmas y esta mañana me he encontrado ante un rompecabezas. —Se sentó ante una amable indicación de Holmes—. Debe tratarse de una broma sin más importancia. —Y puso un sobre encima de la mesa—. He recibido esta carta a mi nombre y dirigida al hotel donde nos alojamos.

—¿Quién sabía que iba a ir usted a ese hotel? —preguntó Holmes.

—Nadie podía saberlo; pues lo decidimos después de encontrarnos el doctor y yo.

—¡Hum! Alguien parece estar interesado en sus movimientos —exclamó Holmes.

Abrió el sobre, que contenía una hoja con una sola frase escrita con palabras recortadas de un periódico y pegadas sobre el papel. Resultaba bastante tosco, lo que demostraba que había sido hecho con precipitación. Decía: «Si usted valora su vida o

² *Baronet*: título hereditario, similar a nuestro «barón», concedido por la corona británica desde 1611.

su razón, manténgase alejado del páramo». Solo la palabra «páramo» estaba escrita a mano.

—Ahora —dijo *sir* Henry—, quizá pueda usted decirme, señor Holmes, qué significa esto y quién puede ser el que tiene tanto interés en mi persona.

—¿No irá usted a creer —dijo Holmes mirando a Mortimer, al tiempo que se acercaba al papel para olerlo— que en esto hay también una intervención sobrenatural?

—No, desde luego que no; pero sí que lo puede creer el que lo ha escrito.

—Y dígame —le preguntó Holmes al *baronet*—, ¿le ha sucedido alguna otra cosa que se salga de lo normal esta mañana?

—Bueno, no creo que tenga relación, pero he perdido una bota —contestó él.

—Mi querido señor —intervino el doctor Mortimer—, ¿qué importancia puede tener esa nadería? La encontrará usted cuando volvamos al hotel.

—Bueno, no sé mucho todavía de las costumbres cotidianas en Gran Bretaña, porque procedo de Estados Unidos, pero no creo que sea parte de la rutina diaria perder una bota. Y como me ha preguntado por algo que se saliera de lo normal, esto lo es. Anoche dejé las dos botas en la puerta para que las limpiaran y hoy solo había una.

—Realmente —concluyó Holmes—, me parece un robo completamente inútil.

—Y ahora, señores —levantó la voz el *baronet* con decisión—, creo que ha llegado el momento de que me expliquen con detalle el asunto que nos ocupa.

—Su petición es muy razonable —afirmó Holmes—. Doctor Mortimer, creo que lo mejor será que le cuente usted a *sir* Henry la historia que nos contó a nosotros ayer.

Así lo hizo el doctor y el *baronet* lo escuchó con la más profunda atención.

—¡Vaya! Desde que era niño he oído la leyenda del sabueso, que es la preferida de mi familia, pero jamás se me ocurrió tomarla en serio. Y ahora se añade el asunto de la carta, que me imagino que encaja en su sitio con todo lo demás.

—Creo que hay alguien que sabe más que nosotros sobre lo que sucede en el páramo y desea prevenirle —dijo Holmes.

—O desea asustarme —añadió *sir* Henry— en su propio beneficio.

—Sí, por supuesto, eso también es posible —confirmó Holmes—. De cualquier modo, vayamos a lo práctico, que es decidir si *sir* Henry debe o no ir a la mansión.

—¿Y por qué no debería ir? ¿De quién puede venirme más peligro, del demonio familiar o de los seres humanos?

—¡Bueno! Eso es lo que tenemos que averiguar.

—En cualquiera de los dos casos, mi respuesta es clara, señor Holmes. No hay diablo en el infierno, ni hombre sobre la tierra, que pueda impedirme ir a la casa de mis antepasados. Y esta es mi respuesta definitiva —dijo, enrojeciendo mientras hablaba, dejando entrever el vivo temperamento de los Baskerville—. Por otra parte, apenas hemos tenido tiempo de pensar sobre todo lo que me han contado. Vamos a ver, señor Holmes, ahora son las once y media y yo voy a volver a mi hotel dando un paseo. ¿Qué le parece si usted y su amigo vienen a comer con nosotros a las dos? Entonces podré decirle con más claridad como veo todo este asunto.

—¿Le parece bien, Watson? —Y como yo asentiera, contestó—: Perfectamente.

Apenas habían salido de la estancia, cuando Holmes me dijo:

—¡Rápido, Watson! Coja su abrigo. No hay un minuto que perder.

Holmes corrió a su habitación e hizo lo mismo. Salimos a la calle y pudimos ver a *sir* Henry y al doctor Mortimer a unos doscientos metros. Holmes se proponía seguirlos. En aquel momento pasó a nuestro lado un cabriolé³ de alquiler que Holmes había visto parado a varios metros de nuestra puerta.

—¡Ahí está nuestro hombre, Watson! Vamos a ver qué hace.

En aquel momento me di cuenta de que su ocupante, escondido tras una poblada barba negra, nos estaba mirando. Dio una orden al cochero y salieron disparados, doblando la esquina y perdiéndose en el agitado tráfico. Holmes salió a correr tras él.

—¡Qué mala suerte! —gruñó al volver—. Los he perdido. Es evidente que ha estado siguiendo a *sir* Henry desde que llegó a la ciudad. De otro modo, ¿cómo hubiera podido saber dónde se alojaba? Nos enfrentamos a un sujeto inteligente.

—¡Es una pena que no tomásemos el número de la placa del coche! —me quejé.

—Mi querido Watson, por muy torpemente que yo haya actuado, ¿no se imaginará usted que no se me ha ocurrido hacerlo? El coche es el 2704.

Holmes quiso ir a la oficina de correos a poner un telegrama y después completamos la mañana visitando una galería de arte. A las dos en punto, entrábamos en el hotel donde se alojaban nuestros anfitriones. Apenas habíamos terminado de subir la escalera que conducía a sus habitaciones, cuando nos encontramos con *sir* Henry muy indignado, que venía hacia nosotros con una bota en la mano.

³ *Cabriolé* (o también su diminutivo *cab*): carruaje ligero, tirado por caballos, propio del siglo XIX.

—Me parece que esta gente me ha tomado por tonto —gritaba—; pero como no me encuentren la bota antes del anochecer, hablo con el director y me marchó de inmediato.

Un camarero apareció por el pasillo, se acercó al *baronet* y le pidió disculpas.

—Le prometo que la encontraremos, señor. Tenga un poco de paciencia.

Disfrutamos de un agradable almuerzo y al final del mismo, Holmes le preguntó a *sir* Henry cuáles eran sus intenciones.

—Ir a la mansión de Baskerville, desde luego.

—¿Y cuándo?

—A finales de la semana.

—Creo que su decisión es la correcta. Tengo claras pruebas de que está usted siendo vigilado en Londres y en esta populosa ciudad es complicado averiguar quién es y qué pretende. Si alguien quiere hacerle un mal, aquí sería difícil impedirselo. ¿Se había dado usted cuenta de que los seguían, doctor Mortimer?

—¡Seguirnos! ¿Quién?

—Desgraciadamente no se lo puedo decir. Pero dígame, ¿hay alguien entre sus vecinos en Dartmoor que tenga una barba negra y abundante?

—Déjeme pensar...; bueno, el mayordomo Barrymore la tiene —dijo Mortimer.

—¡Ajá! ¿Y dónde está Barrymore? —preguntó Holmes.

—En la casa. Los Barrymore han estado cuidando de la casa desde hace cuatro generaciones y son muy respetados en el condado —explicó Mortimer.

—Sí, pero al mismo tiempo —añadió Baskerville—, mientras no haya nadie de mi familia en la casa, ellos disfrutaban de un hogar confortable y ninguna ocupación.

—Eso es cierto. ¿Les dejó algo *sir* Charles en su testamento?

—Sí, él y su mujer recibieron quinientas libras⁴ cada uno —respondió Mortimer—, pero yo también fui agraciado con mil libras, espero no ser sospechoso por ello, y otras cantidades menores fueron destinadas a otras personas e instituciones de caridad. Todo lo demás ha quedado para *sir* Henry.

—¿Y a cuánto asciende todo lo demás?

—A setecientos cuarenta mil libras —contestó Mortimer.

—¡Santo cielo! —Holmes enarcó las cejas por la sorpresa—. Esa es una cantidad por la que cualquier hombre podría arriesgar una jugada desesperada. —Y tras un instante añadió—: En conclusión, *sir* Henry, estoy de acuerdo con usted en que debe regresar a Devonshire sin tardanza, pero no solo.

—El doctor Mortimer regresa conmigo —dijo el *baronet*.

—El doctor Mortimer tiene que atender a sus pacientes, así que por mucho que quisiera no podría ayudarle. No, *sir* Henry, tiene usted que llevar a una persona de su entera confianza, que esté en todo momento a su lado.

—¿Sería posible que me acompañase usted, señor Holmes?

—Si los acontecimientos llegasen a un punto crítico, me forzaría por ir; pero tiene que entender que, dada la amplitud de las consultas que se me hacen y las peticiones de ayuda que me llegan, me es imposible ausentarme de Londres por el momento. Sin embargo, si mi amigo Watson está dispuesto a hacerlo, le aseguro que no hay persona que le resultara más útil en una situación difícil.

La propuesta me cogió completamente de improviso, pero antes de que tuviera tiempo de responder, Baskerville me tomó la mano y la estrechó calurosamente.

⁴ *Libra esterlina*: moneda de Gran Bretaña. Su valor aproximado es de 1,12 €.

—¡Magnífico, doctor Watson, eso es muy generoso de su parte! Nunca lo olvidaré.

La posibilidad de una aventura siempre me ha fascinado y me sentía complacido por las palabras de Holmes y el entusiasmo del *baronet*.

—Iré con mucho gusto —acepté—. No tengo nada mejor en que emplear mi tiempo.

—Y me tendrá usted informado —dijo Holmes— de cualquier cosa que ocurra, por insignificante que le parezca, que pueda tener relación con el asunto. Y lleve usted un arma.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseguré.

—En ese caso —anunció *sir* Henry—, a menos que reciba usted noticias en contra, nos veremos el sábado en la estación de Paddington, para coger el tren de las 10:30 h.

Volvimos a nuestra casa y al poco rato llamaron a la puerta. Era un individuo de aspecto rudo, que reconocimos ser el conductor del coche 2704 que habíamos visto por la mañana.

—Me llamo John Clayton —explicó—. La oficina central me ha hecho saber que un caballero que vive aquí ha enviado esta mañana un telegrama pidiendo que me presentara en su casa a esta hora. Llevo siete años conduciendo el cabriolé y jamás he tenido la menor queja. Vengo a preguntarles si tienen algo contra mí.

—No tenemos nada en su contra, buen hombre —lo tranquilizó Holmes—. Al contrario, estoy dispuesto a darle medio soberano⁵ si contesta a mis preguntas.

—Muy bien, señor —dijo el hombre sonriendo—. ¿Qué quiere usted saber?

⁵ *Soberano*: moneda emitida por el Reino Unido, de valor similar a una libra esterlina.

—Veamos, Clayton, dígame todo lo que sepa sobre el cliente que estuvo vigilando esta casa esta mañana a las 10 h y después le mandó seguir a dos caballeros.

El hombre pareció sorprendido y un tanto avergonzado.

—No voy a poderle decir mucho más de lo que usted ya sabe. La verdad es que aquel señor me dijo que era detective y que no debía decirle nada a nadie acerca de él. Me paró a las 9:30 h en Trafalgar Square y me mandó dirigirme al hotel donde estos señores se alojaban hasta que salieron. Alquilaron un coche y los seguimos hasta esta calle. Vimos que entraban en esta casa. Cuando salieron, se fueron a pie y los seguimos. En ningún momento se dieron cuenta de que les seguíamos, pero, de repente, mi cliente me pidió que fustigara a los caballos y me perdiera en el tráfico. Y así lo hice.

—¿Y le dijo por casualidad ese detective cómo se llamaba?

—Sí, señor, dijo que era el señor Sherlock Holmes.

—¿Cómo describiría usted al tal señor Holmes?

—Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura media, bien vestido, con una barba negra bien recortada y tez pálida.

El hombre se marchó contento. Jamás he visto a mi amigo tan pasmado como ante la respuesta del cochero. Se quedó sin palabras y después soltó una carcajada.

—*Touché*, Watson, innegablemente tocado. Me siento como si la punta de una espada me hubiese alcanzado. ¡Jaque mate! ¡Excelente! Se lo dije antes y se lo repito: esta vez hemos topado con un adversario digno de nuestro acero. Solo deseo que tenga usted más suerte en Devonshire. Le confieso que me quedo muy intranquilo.



Sherlock Holmes nos cautiva esta vez con sus mejores aventuras. Si en *Estudio en escarlata*, Arthur Conan Doyle nos lo daba a conocer, en este volumen, a través de las seis obras que hemos seleccionado, hacemos un recorrido por treinta años de servicios en defensa de la ley y el orden, como asesor de una policía a la que supera en talento y en sagacidad.

Ningún crimen queda sin resolver si él se encarga de investigarlo para desenredar sus misterios. Y a la vez conocemos a los personajes que van marcando su vida: su inseparable amigo el doctor Watson, su amor ideal Irene Adler y su acérrimo enemigo el profesor Moriarty, con el que mantendrá una mortal pelea al borde de una impresionante cascada en Suiza. ¿Saldrá vivo de ella?

